



fundación

Ramón y Katia Acín

Ramón Acín *toma la palabra*, 76. Un entierro en Ansó



Primeros párrafos de este artículo de Acín publicado en *El Diario de Huesca*, 21 febrero de 1924

Ayerbe es una población de la Hoya de Huesca, capital de la que dista menos de treinta kilómetros. Desde esta localidad acompañan el cadáver de Miguel Navarro,-a quien Acín había citado con cariño en el artículo anterior- hasta la villa de Ansó, no solo conocida por sus hermosos trajes tradicionales sino también por sus especiales ritos mortuorios. La Gran Enciclopedia Aragonesa, GEA, dice al respecto: “los hijos, padres y cónyuge del difunto forman el duelo y ponderan las virtudes del muerto a la par que subrayan el desamparo propio; la persona más allegada de su mismo sexo, da una vela al sacerdote y pone un lazo de seda en la cruz parroquial diciendo «desquite», trámite para poderlo recobrar pagando a la parroquia 2,50 ptas. Al cementerio van solamente los hijos del difunto, entre los hombres y las mujeres de la familia y vecinas con velas que costea la familia”.

Un entierro en Ansó

21 de febrero de 1924, *El Diario de Huesca*. (Id. web: ap063).

Ayerbe es una población de la Hoya de Huesca, capital de la que dista menos de treinta kilómetros. Desde esta localidad acompañan el cadáver de Miguel Navarro hasta la villa de Ansó, no solo conocida por sus hermosos trajes tradicionales sino también por sus especiales ritos mortuorios. La Gran Enciclopedia Aragonesa, GEA, dice al respecto: “los hijos, padres y cónyuge del difunto forman el duelo y ponderan las virtudes del muerto a la par que subrayan el desamparo propio; la persona más allegada de su mismo sexo, da una vela al sacerdote y pone un lazo de seda en la cruz parroquial diciendo «desquite», trámite para poderlo recobrar pagando a la parroquia 2,50 ptas. Al cementerio van solamente los hijos del difunto, entre los hombres y las mujeres de la familia y vecinas con velas que costea la familia”.

A Rafael Ota, de Ayerbe.



“Silvio Kossti”, de regreso un día de la villa de Ansó, me dijo: He presenciado un espectáculo maravilloso; un espectáculo fuertemente estético y pleno de emoción; he presenciado un entierro en Ansó. Y entre chanzas y veras, decíame que si al llegar a Ansó no da la casualidad de encontrarnos con un difunto, valía la pena de matar a alguien para presenciar sus funerales.

En la villa de Ayerbe ha muerto don Miguel Navarro, una de las más prestigiosas figuras de Ansó. Ansotano por dentro y por fuera, tenía el carácter, la claridad de inteligencia, la fortaleza y el rumbo de su raza y vestía siempre las galas severas y entonadas del típico traje de sus padres y sus bisabuelos.

Se organiza la caravana de automóviles que ha de acompañar al difunto a su pueblo para inhumarlo en el panteón de la familia. Tocan las cinco de la mañana en el reloj del esbelto campanil, cuasi veneciano de la plaza de Ayerbe. Los gallos aún han de echar el último sueño antes de que anuncien el nuevo día. Los faros de nuestros coches, son guía nuestra en la noche sin luna y sin estrellas. El buen Gállego, que lleva agua a los campos y luz a las ciudades, canta a nuestro paso un raro responso de vida y de salud. Al hacerse de día, se descubren los picos blancos del Pirineo. Diríase que levantan más que de costumbre para ver al hijo agradecido que quiere descansar para siempre en el regazo amoroso donde se crió... Ahora es el Aragón el que va a la vera nuestra entonando su canto de fortaleza y de esperanza; luego es el Veral, que por el escenario magnífico de la Foz de Viniés, nos baja el llanto rumoroso de la villa enlutada.

A la vista de estos ríos que han acompañado la fúnebre comitiva a lo largo de las carreteras, hemos recitado los versos de nuestro clásico:



*“Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar”*

Hemos llegado a la villa; las mujeres lloran y a algunos hombres, altos y fuertes, sáltanles las lágrimas, que es como el deshielo de picachos nevados. Todo el pueblo salió a recibir al hombre que salió animado y jovial como siempre y para siempre torna silencioso. Los curas cantan las estrofas del latín bello y bárbaro, como decía Pompeyo Gener, del Dies Irae. **1**

Las ansotanas van llegando a la iglesia ataviadas con trajes de funeral. La mujer de Ansó tiene galas distintas para cada una de las ceremonias de la vida. Traje de boda, de bautizo, de fiesta, de domingo, de entierro; y dentro de éste el de *mortichuelo*, distinto del de entierro de persona mayor, y así dentro de éste, el mayor o menor grado de parentesco con el finado hace que sean más o menos ricas las tiras bordadas de los sayuelos amplios y plisados.

Antes del entierro, las parientes más allegadas se han vestido en la casa del muerto. Sobre la basquiña verde y la camisa abullonada y de gorguera, que no pesan poco, hanse puesto otro traje de más pliegues y más varas y más peso, y sobre éste, el sayuelo que pesa más que ambos y tiene más varas de tela, y más lujo, y más pliegues aún. De una arroba no baja el peso de la vestimenta de la ansotana en mañana de funeral.

Luego del entierro se reza en la casa del muerto. A lo largo de la escalera, en el patio, en la calle, mujeres acurrucadas y hombres bien plantados piden a lo alto la buena acogida en el otro mundo del alma del finado. El cuadro no es para ser descrito, sino para verlo y gozarlo.

Las parientes próximas líbranse luego de la carga enorme de sus bellas ropas de funeral que dejan en la casa del muerto para vestirlas de nuevo a la hora del rosario y al día siguiente y al siguiente, y al otro harán lo propio para asistir a las misas que han de celebrarse.

En la casa del difunto todo ha quedado en silencio; ha comenzado un luto que va a durar según costumbre cuatro años; generalmente cinco, en pago a las omisiones que en el curso de él se hubieren podido cometer.

La caravana, cumplida su misión, está de regreso. A la vista del veral que nos acompaña de nuevo, seguimos recitando los famosos versos:

*“Como los ríos en veloz corrida
van a la mar,
tal soy llevado al último suspiro de mi vida”.**2***



Mas consolémonos. En las nieves de los altos picachos del Pirineo nace el Veral, cuyas aguas van al Aragón y después al Ebro que las deja en el mar, para luego evaporándose tornar de nuevo en albos copos a los picachos pirenaicos. Consolémonos; la muerte no existe; no es más que renovación de vida; bellamente lo dijo Valle-Inclán:

*“Todo en la vida es mudanza,
hasta ser muerto ³*

¹ Pompeu Gener (1849-1919), médico y naturalista, defensor del positivismo en España. Se sabe de su amistad con Émile Littré, discípulo francés de Auguste Comte.

² Versos pertenecientes a la *Epístola Moral a Fabio* de Andrés Fernández de Andrada (1575-1648).

³ De Ramón María del Valle-Inclán, en la obra que publicó en 1920, *El pasajero*. *Claves líricas*: «Todo hacia la muerte avanza / de concierto, / todo en la vida es mudanza, / hasta ser muerto».



Ricardo Compairé. Tres fotos de Ansó, hacia 1923

